

La prisión del tiempo
(o la historia de un retrato)

Los leños, sus cenizas, olvidan todo
hasta la ambigüedad de las pequeñas cosas.

Ya para sostenerse no pueden llevar
ni el malestar distante
ni otras bellezas agredidas por las tormentas
del silencio.

Cerca de una mesa abandonada
dos tazas de café a medio tomar
son símbolos de otro olvido

Sobre la vieja pared en la penumbra del
cuarto
un óleo antiguo va señalando los caminos
del dolor:
De un lado la copia más fiel: Dorian Gray
del otro el original: Oscar WILDE.

Dos en la imaginación de un espejo
igual a un beso entre las sombras

o la inescrutable mirada de un trapeceista
que intuye el escenario del vacío.

(Aún en la estética más pura del olvido,
existe el placer)

Ninguno, nadie, puede huir de sí mismo
en la prisión del tiempo.

Por la rada de un puerto
mi barco espera solo, indiferente
apenas un sonido a la distancia.

Es todo lo que tengo
y está tan lejos!

Es la noche

Acuño la libertad en un viejo anillo
que no pudo llegar a mis manos.

Miro a una piedra y no es igual a otra piedra
pero sus cicatrices, sus enigmas,
entonan el final de un abandono.

Pienso en Anibal el cartaginés
que nunca osó entrar a Roma
y murió en los anaqueles de la antigüedad,
porque la incertidumbre no acepta el desafío
y todo queda ajeno entre tinieblas.

La abstracción de las fechas y de las cosas
fundan la creación,
esa escondida plenitud de la belleza
donde el poeta crece en el Poema
y desnuda la realidad de todas sus máscaras
porque la luz, asciende en los vacíos más hondos
que tienen las sombras.

Soy ese personaje inagotable que vuelve
en la memoria.

(Un antiguo silbido cruza por una calle desierta:
Es la noche)

La canoa abandonada

Lo mortal tiene su expiación en el abismo
porque la libertad reside solo, en una plegaria
aún desconocida
y existimos entre palabras,
entre imágenes,
y en este bien morir
o en éste estar viviendo
como una súplica.
La última verdad procede del secreto lenguaje
de un Dios.

(De repente lo veo al Dante
 escribiendo otra vez el Paraíso)

Ahora mi poema se desangra en el vacío
 sin entrar en él.

Dos remos y una canoa abandonada sostienen
 el silencio.

Persona

La vida es una máscara fugaz
me miro en el espejo y sólo
 encuentro personajes desconocidos

De pronto o lentamente
 se instala la vejez
ese payaso triste que extravía su
 belleza

Entonces
cuando el conocimiento se abisma
 en el vacío
Su fábula no tiene límites
como una barca herida en la memoria
 de la bruma

¡ Es tan difícil dialogar en sombras!

Asedio melancólico

La bruma me estremece porque algo se muere
en ella
tal vez sea un desconocido que trae las
campanas íntimas de Hemingway
después, la luz me ofrece lo cambiante
de otras sombras

y escucho a Nietzsche (“el arte nos impide
morir de realidades”)
porque lo que es falso resulta un esquema más que tiene el miedo
y nos quedamos solos,
solo con nuestro animal
bebiendo el abandono.

Mis recuerdos están partiendo
siempre, siempre
igual a su olvido.

Fatiga diaria

He pensado tanto en ese desafío de existir
que perdí las maestrías de entender la vida.

En una carta de póker
veo a una mujer que se desnuda
en el espejo de los deseos.

Con su fuga lleva “la rosa amarilla”
de un poema de Borges.

La mirada desierta

La ternura que amo está lejos
viaja hacia los misterios inconscientes
del Silencio,
mientras el lenguaje de la obsesión
se parece cada vez más a la muerte

Entonces escucho mis confesiones
íntimas
en la música incierta de algunas
campanas
como los ecos de otra pesadilla

Estoy solo, y no puedo acompañarme.